

sigue siendo, a nuestro juicio, la falta de apreciación sobre la cualidad de quienes comunican el mensaje bajo tales formas, especialmente de los Doce y del mismo San Pablo.

GONZALO ARANDA

Giorgio OTRANTO, *Esegesi Biblica e Storia in Giustino (Dial. 63-84)*, Bari, Università di Bari (Quaderni di «Vetera Christianorum» 14), 1979, 281 páginas, 16 × 23.

Se trata de una obra en la que su autor tiene como objetivo reivindicar para Justino mártir el lugar que le corresponde entre los escritores cristianos del siglo II d.C. En efecto, durante los últimos tiempos se han alzado voces que ponen en duda la capacidad literaria del apologista. Por ello, el prof. Otranto se propone como meta de su investigación sacar a la luz la lógica y los procedimientos formales de Justino, a fin de conocer mejor su doctrina. La exégesis del apologista y el papel que ésta desempeña en la historia del pensamiento cristiano son los aspectos que preocupan fundamentalmente al autor.

Siete partes articulan el presente volumen, juntamente a una extensa bibliografía sobre el cristiano de Naplusa y los correspondientes Índices escriturísticos, de las citas de Justino, onomástico y materias. La primera parte descubre el plan general del *Diálogo* del Apologista con el judío Trifón. Como el mismo autor manifiesta, esta parte pretende ser únicamente de ambientación e introducción a la lectura de los capítulos 63-84 del *Diálogo*. Así, se ponen de manifiesto: el género dialógico en las relaciones entre judíos y cristianos, la presentación de los personajes protagonistas de la polémica, el itinerario espiritual de Justino, el tema de la cuestión disputada, etc.

Los capítulos 63-65 de la controversia del siglo II, que son los más densos de toda la obra del Apologista, son objeto de estudio doctrinal y teológico en la segunda parte del libro que reseñamos. El autor fija en estas páginas algunos de los principios exegéticos y de la concepción de Justino sobre la Escritura sagrada. La reflexión del prof. de la Universidad de Bari se detiene en algunos textos del Antiguo Testamento, aducidos por el antiguo autor cristiano para demostrar el nacimiento virginal de Jesucristo: *Is* 53, 8b; *Gén* 49, 11c-d; *Ps* 109, 3c; *Ps* 44, (2), 7-13a. Todas estas citas evidencian que la exégesis del Apologista se encuentra influida por la cultura asiática, que también los utiliza en ese mismo sentido, aunque no siempre de forma homogénea. Igualmente se estudian en esta segunda parte otros pasajes relativos a la adoración de Cristo y a la salvación de los judíos (*Ps* 98 y 71), y a la gloria del Mesías (*Ps* 18, 2-7; 23; 109, 3,7; *Is* 42, 8). Todos esos lugares veterotestamentarios sirven al naplusense para manifestar su concepción unitaria de la Biblia, y de la salvación obrada por Cristo. Otro aspecto, no menos importante, está presente en la mente del Apologista: la salvación del pueblo judío está subordinada al reconocimiento y adoración del Mesías.

Una fuerte polémica entre los cristianos y los judíos de lengua latina fue la traducción del término «*halmah*» de *Is* 7,14. Esta es también la discusión, entre Justino y Trifón, que ocupa las primeras páginas de la tercera parte estudiada por Otranto. Para Justino, según el autor, no existe posibilidad alguna de que el pasaje de Isaías pueda aplicarse a otra persona que no sea Cristo mismo. En cambio, Trifón referirá la profecía al rey Acáz de Judea. Las posiciones de ambos interlocutores son un fiel reflejo de las concepciones cristiana y hebrea, respectivamente, que tenían lugar sobre el pasaje citado en el siglo II después de Cristo. Sin duda, los capítulos 66-70 del *Diálogo* señalan la cúspide de mayor tensión entre Justino y Trifón. El autor es consciente de la polémica desatada y lo resalta de forma encomiable. Además, es puesto de manifiesto el procedimiento de ambos polemistas: Trifón se siente incapaz de refutar a Justino con argumentaciones bíblicas y tiene que recurrir a autoridades profanas; el protagonista cristiano, sin embargo, es un experto no sólo en citas bíblicas, sino también en esa otra clase de literatura con la que su contrincante pretende argumentar.

La cuarta parte del libro lleva por título *Le mutilazioni scritturistiche* (*Dial.* 71-74), con la que el autor enmarca una cuestión totalmente novedosa en las relaciones entre Justino y Trifón: el reduccionismo de la Biblia que han realizado las traducciones realizadas por los hebreos. Para el prof. Otranto, los capítulos que aquí se estudian son los que manifiestan a Justino como un perfecto conocedor de la exégesis bíblica. El Apologista acusa a los «didáscaloí» hebreos de haber falsificado las Sagradas Escrituras. Su reproche es delicado, pero no por ello menos claro: la falsificación de la Biblia se produce por dos vías: la pagana, mediante sus mitos, y la hebrea, por sus reduccionismos. La conclusión antimitológica es expuesta por el autor cristiano en el capítulo 71 del *Diálogo*, y los textos que aduce para evidenciar la mutilación judía de la Escritura santa son: el *Pseudo-Esdras*, *Jer* 11, 19, el *Pseudo-Jeremías* y el *Ps* 95, 10. Estos lugares bíblicos preanuncian la crucifixión, pasión y muerte del Señor; la tercera profetiza la «catábasis» de Cristo; y la cuarta y última se refiere al anuncio del Reino. El autor expone las razones que pudieron motivar la creencia del polemista cristiano sobre la autenticidad de los cuatro pasajes citados.

En la quinta parte se examina el problema de la laguna del capítulo 74 del *Diálogo*, y la inclusión en ella del fragmento descubierto en el año 1941 por G. Mercati en el códice *Vaticano gr 744*. El prof. de Bari se hace eco de las hipótesis expuestas en el *Stephanus*, y las defendidas por Otto, Maran, Archambault, Prigent y Danielou, quienes no se ponen de acuerdo en la extensión de la mencionada laguna. También hace una breve síntesis de las muchas investigaciones que han estudiado el fragmento de Mercati. El autor concluye que la laguna observada en el *Diálogo* no puede ser muy extensa, pues el contenido del *Vaticano gr 744* hace referencia a *Deut* 31, 16-18, que es precisamente con la cita veterotestamentaria con que Justino reemprende su discurso.

El análisis de los capítulos 75-78 del *Diál.*, acerca del nacimiento virginal de Cristo y su demostración por parte de Justino, constituye el contenido de la siguiente parte del libro de Otranto. El autor muestra cómo Justino aborda la interpretación de la profecía de Isaías de forma gradual.

En primer lugar, para superar la incredulidad de los judíos, el Apologista confiesa que de igual manera que Dios se manifestó a los patriarcas de múltiples maneras, también fue posible que se apareciera como hombre, encarnándose en el seno de la Virgen. El tema volverá a ser objeto de reflexión del naplusense en el capítulo 84 de la misma obra.

La séptima y última parte del libro que recensionamos tiene como objeto de examen los capítulos 79-84. Diversos temas son atendidos por el prof. Otranto: los ángeles buenos y los ángeles malos, el milenarismo, las corrientes del pensamiento judío durante el siglo II, la presencia de los herejes en la comunidad cristiana, etc. El autor se refiere a ellos en la medida que la reflexión de Justino da pie. Son muchos, en efecto, y con no pocas dificultades intrínsecas para ser tratados conjuntamente en breves páginas. Pero Otranto, como profesor universitario bien experimentado, hace alarde de sus cualidades de síntesis, y en breves trazos presenta las principales investigaciones sobre dichos temas, resumiendo su doctrina de forma excelente.

El libro acaba exponiendo una serie de conclusiones, agrupadas en cinco puntos: La exégesis de Justino es fundamentalmente cristocéntrica. Los textos bíblicos constituyen el argumento más importante de la metodología del polemista cristiano. Su originalidad consiste en valorar la componente humana de la persona de Jesucristo, por ello Justino se detiene a examinar las divergencias entre la cristología veterotestamentaria y la mitología pagana. Es un problema, que todavía no ha encontrado la solución acertada, saber si el *Diál.* es una ficción literaria o responde a una discusión real; lo verdaderamente cierto es que retrata una situación de hecho sobre las interpretaciones judía y cristiana del Antiguo Testamento y sobre la figura histórica de Jesús. La obra de Justino posee dos cualidades innegables: la primera se refiere al conocimiento del judaísmo del siglo segundo de nuestra era; la otra virtud que encierra el *Diál.* la constituye el deseo que Justino manifiesta por convertir a su interlocutor judío, mostrando así el celo y fervor apostólico de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia.

Pensamos nosotros que el mejor elogio que podría hacerse de la obra reseñada del prof. Otranto es manifestar el perfecto conocimiento que el autor posee de la doctrina del Apologista cristiano. Esta observación es detectada en cada una de las páginas que integran el presente libro. Y no quisiéramos poner punto final a estas líneas sin señalar otra característica que nos parece igualmente importante: el lenguaje que se utiliza es tan esmerado y estudiado, que da la impresión de que se está leyendo al mismo san Justino; el autor, como buen científico, ha sabido desaparecer, a fin de que la luz del Apologista brille en todo su esplendor. En verdad, la presente obra del prof. de Bari puede servir de paradigma no sólo para los que inician sus investigaciones en el campo de la literatura cristiana antigua, sino también por los más avezados en ella, y también para aquellos que dedican sus esfuerzos intelectuales al estudio de la historia de la exégesis, en la que Justino merece un lugar destacado.

Otranto ha cumplido con creces su objetivo primero. En efecto, la capacidad literaria y doctrinal de san Justino queda patente en la presente obra. Únicamente nos resta animar al autor para que en breve tenga-

mos la posibilidad de estudiar los capítulos que aún restan del *Diál.*, y otros aspectos literarios del Apologista cristiano, de los cuales nos consta que el autor es perfecto conocedor.

MARCELO MERINO

Salvador VICASTILLO, *Tertuliano y la muerte del hombre*, Madrid, Fundación Universitaria Española («Tesis», n. 8), 1980, 340 pp., 14,5 × 21.

Se trata de un estudio de la thanatología tertuliana, exhaustivo por lo que a la muerte como tal, es decir, como hecho, se refiere. En un paciente trabajo de análisis, el autor presenta los diversos pasajes en que Tertuliano habla de la muerte. Las numerosas citas son ordenadas conforme a los siguientes capítulos: I. *La mortalidad*; II. *La muerte*; III. *Las causas de la muerte*; IV. *Géneros de muerte*; V. *El desenlace del cuerpo*; VI. *El poder de la muerte*.

Acertadamente señala Vicastillo que Tertuliano no es un *rhétor vacuo*. Y hace notar también que vio en las diversas formas de la gnosis «un esfuerzo doctrinal por disolver el mensaje cristiano en una metafísica dualista (resp. una antropología dualista), de inspiración más o menos platónica» y que se empeñó a fondo en la respuesta (p. 9). Ahora bien, esa respuesta, evidentemente, había de darse con fuerza también en el terreno filosófico. Es justamente desde esta perspectiva —la filosófica— desde donde el autor estudia la thanatología de Tertuliano, buscando así el esquema subyacente a su antropología.

El autor es consciente de que es imposible separar en Tertuliano, a la hora de estudiar su pensamiento sobre la muerte, las cuestiones filosóficas de las cuestiones teológicas. Entre estas cuestiones se encuentran la existencia e inmortalidad del alma y la resurrección. A ellas alude acertadamente y con brevedad: sólo lo necesario para que se entienda la profundidad de la visión tertuliana de la muerte. Efectivamente, dada la concepción unitaria del hombre tan fuerte en Tertuliano, su soteriología ha de entenderse en el marco del subrayado de la salvación del hombre como *salus carnis* tan presente en San Ireneo, y, por tanto, poniendo en primer plano la resurrección de la carne. «Si el sueño es una *dissimulatio presentiae* del alma —comenta Vicastillo—, la muerte es sólo una *absentia*: el alma cesa de comparecer, pero no de existir» (p. 108).

Especial interés revisten las páginas dedicadas a la muerte como mal. Tras citar An. 52,2, donde Tertuliano claramente afirma, en conformidad con la Sagrada Escritura, que la muerte humana tiene origen en el pecado, comenta Vicastillo: «De hecho en ningún texto de la obra tertuliana comparece la expresión *mors naturalis*; a lo sumo se puede encontrar *mors simplex et de naturae lege communis* (Marc. 4,21,9). Este *naturae lex* significa, evidentemente, una ley de la naturaleza (phisis) humana, sin que por eso sea natural, es decir, se haya originado en el *primordium* con la naturaleza misma; puede ser —y lo es, según él— una ley sobrevenida